

lento, ó se les empalaba vivos, para hacerles sufrir en este estado nuevos tormentos. Muchas veces despues de haberlos atormentado en el ecúleo, y despedazado su cuerpo hasta descubrirles las entrañas con uñas y peines de hierro, se les aplicaba fuego, ó se echaba sal en las heridas, ó las rociaban con agua y aceite hirviendo para aumentar sus dolores sin acelerarles la muerte. No se pueden leer sin estremecerse, y horrorizarse las *actas* auténticas de la mayor parte de nuestros mártires: Las calles y las plazas públicas estaban á veces llenas de cadalsos sangrientos, cubiertos de víctimas, y de cadáveres. Eusebio de Cesarea dice haber él mismo visto treinta, cuarenta, y hasta cien Cristianos atormentados de una vez, y á un mismo tiempo; y estas crueles carnicerías duraron muchos años seguidos sin interrupcion: cita una ciudad de Asia, en donde todos, nobles, plebeyos, magistrados, etc. eran Cristianos, y para abreviar la ejecucion, y ahorrar tiempo, la hicieron quemar toda con sus habitantes, sin permitirles la salida: inserta una carta de Maximino á los mágrados de Tiro, en la cual les felicita, y congratula con ellos, por haber exterminado y acabado con todos los Cristianos que habia dentro de sus muros, y en su territorio. Los edictos de Diocleciano, y de sus predecesores, son monumentos, que no se pueden tachar de falsedad. Tácito, Suetonio, Séneca, Juvenal han hablado de los Cristianos que padecieron en tiempo de Neron. El primero (Tácito), dice que su número era prodigioso, *multitudo ingens*, y que les hicieron sufrir los mas crueles, y mas exquisitos tormentos; *quæsitissimis tormentis*. Libanio, panegirista de Juliano, en el elogio de este Príncipe se expresa de este modo (*Parentalia in Jul.* n. 58): «Los que seguian una Religion corrompida temian mucho, y recibian que se les habia de arrancar los ojos, cortar la cabeza, y se verian correr rios de su sangre; creian que este nuevo Soberano inventaria nuevos géneros de tormentos, en cuya comparacion las mutilaciones, el hierro, el fuego, ser arrojados al mar, sumergidos en el agua, enterrados vivos, parecerian penas ligeras; porque los anteriores Emperadores habian usado contra ellos éstas especies de suplicios, y temian pade-

cerlos aun mas crueles. Pero Juliano pensaba de muy diversas manera que los Príncipes que habian usado estos tormentos; ellos con estos medios no habian podido llegar á conseguir lo que se habian propuesto; y habia observado, que de estos suplicios no se sacaba ventaja alguna... Determinado pues por estas razones, y sabiendo que el Cristianismo se aumentaba, y crecia con la carnicería que se hacia de los que le profesaban, no quiso usar contra los Cristianos de suplicios, que no podia aprobar, etc.» Pues que no se ha respondido á estas observaciones de los últimos apologistas de la Religion, es inútil aumentar el número de estos testimonios. A su vista no hay hombre en verdad algun tanto versado en la Historia eclesiástica, que no exclame con Lactancio, contemporáneo, y testigo ocular de este mar de sangre: Si tuviese cien lenguas, me seria imposible referir todos los tormentos que se emplearon contra los Cristianos (*De morte persec.* c. 19).

§ 5.

355. *P.* Pues que el Emperador del Japon ha llegado á acabar la Religion Cristiana en sus Estados ¹, ¿porqué hemos de decir que no lo hubieran conseguido los Emperadores Romanos, si lo hubieran querido de veras?

R. 1º Los historiadores gentiles nos aseguran que los Emperadores querian, y quisieron acabar con el Cristianismo, y que lo quisieron seriamente; y lo acabamos de ver por sus testimonios. 2º Hemos demostrado que la Religion Cristiana se habia establecido desde sus principios en la Persia, Scithia, las Indias, etc., donde los Romanos no tenian autoridad, ni dominio alguno; ¿y cómo podrian acabarla donde ne se extendia su dominacion? 3º Dios permite que se extinga la Religion en una provincia, y aun amenaza con este desastre á las

¹ Aun hay Cristianos en el Japon, aunque muy ignorantes, como privados por tantos años de toda instruccion. Son semillas prontas á brotar cuando plazca al Señor del tiempo visitar este campo desolado.

que no procuran conservarla con toda solicitud: Dios, dice Montesquieu (*Défens. de l'esprit des lois, part. second. Tolérance*), según decretos que nosotros no conocemos, extiende ó restringe los límites de su Religión; pero no permitirá que desaparezca y se acabe en todas partes. Su obra debe subsistir; y su promesa es para nosotros una prueba bien segura de ello. *Estableced costumbres* (decía el mismo filósofo) *entablad prácticas, publicad edictos, haced leyes: la Religión cristiana triunfará del clima, de las leyes, que de ahí resulten, y de los legisladores, que las hubieren dado.*

356. P. La grande extensión del imperio romano ¿daba facilidad á los cristianos para sustraerse á las persecuciones?

R. Así lo dice Freret con su arrojada crítica, pero este crítico nos permitirá que le digamos que procede contra sí mismo miserablemente. Cabalmente se debe inferir todo lo contrario. Si el imperio romano hubiera estado dividido en muchos señoríos y principados, con soberanos independientes, se podrían haber sustraído á las fuerzas del uno refugióndose á los estados del otro; pero siendo todo un imperio, ¿cómo era posible huir cuando el tirano era en todas partes obedecido?

§ 6.

357. P. Aunque no se puede dudar de la crueldad, y gran número de las persecuciones sin acreditarse de una obstinación ridícula, ¿no tenemos á lo menos motivo para sospechar, ó dudar de la razón porque se usó tanta crueldad con los Cristianos; y creer fundadamente que los Emperadores por diversos motivos, que el odio que se dice contra la Religión Cristiana, usaron de este medio, é inundaron la tierra de la sangre de sus seguidores?

R. Para disputar sobre esta materia sería necesario lo primero combatir la autenticidad de todas las historias, que aseguran que los cristianos no sufrieron el martirio sino por su religión. Tácito (*annal. l. 5.*) dice, que Neron los hizo quemar únicamente porque su religión les había conciliado el odio de todo el mundo. Suetonio en

la *vida de Neron* afirma, que fueron condenados á muerte los Cristianos, especie de hombres que profesaban una superstición nueva y perniciosa. «Yo no sé, decía Plinio (*l. 10, epístola 94*), sobre que recae la información, ni qué se busca en las pesquisas que se hacen contra los Cristianos, ni hasta donde se ha de extender su castigo. ¿Es el nombre el que se ha de castigar en ellos, ó los delitos que se adhieren á este nombre? En el ínterin, esta es la regla que yo he observado en las acusaciones que se han intentado contra ellos. Les he preguntado ¿si eran Cristianos? y de que han contestado que sí, y una y otra hasta tercera vez, han persistido en su confesión, los he enviado al suplicio (*Ep. 98*). » Trajano contesta á Plinio, que ha obrado y procedido bien; que no se hagan pesquisas de Cristianos, pero que si son acusados y convencidos de tales, sean castigados: *Conquirendi non sunt; si deferantur, et arguantur, puniendi sunt*; pero que si renegasen y renunciasen al Cristianismo, y sacrificasen á los dioses, entonces se les perdone. Maximino dice (*ad Sab. Epist. apud Euseb.*), que los Emperadores se habían aplicado á reducir al camino verdadero á los que se habían separado de él, obligándolos á adorar á los dioses del imperio; pero que los Cristianos se precipitaban por sí mismos con una ciega temeridad en los últimos peligros, y nada podía vencer su obstinación. En otra parte se expresa de este modo: «Viendo nuestros predecesores Diocleciano, y Maximiano, que casi todo el mundo renunciaba al culto de los dioses, por hacerse Cristiano, justamente decretaron, que á los que hubiesen abandonado su Religión, se les obligase con tormentos á abrazarla otra vez de nuevo. » Cincuenta años antes, el Emperador Valeriano había mandado que los Obispos, Sacerdotes y Diáconos fuesen castigados de muerte; que los Senadores, Caballeros Romanos, y personas de distinción, que se hiciesen Cristianos, fuesen despojados de sus bienes, honores y dignidades; y si no obstante esto, perseverasen aun en su adhesión, y profesión de la Religión Cristiana, fuesen condenados á muerte. Y después de estos, y otros cien testimonios no menos terminantes, que podríamos alegar, ¿es posible

que algunos preciados de eruditos se atrevan á decir, que los Cristianos no padecieron por su Religión? Aun cuando fuese cierto que los perseguidores hubiesen buscado pretextos para encubrir su tiranía, siempre lo sería también, que los Cristianos podían libertarse de las vejaciones apostatando : luego la Religión era siempre la que les costaba la vida.

§ 7.

358. *P.* ¿No podría decirse que la misma persecucion fué la que hizo obstinados á los Cristianos en su Religión?

R. Tal es puntualmente el modo de discurrir de nuestros filósofos : niegan primero el hecho ; se les prueba , y á seguida disputan sobre los motivos ; convencidos de estos, apelan por último á las consecuencias. Convencidos de que las persecuciones suministraban un argumento eficazísimo á favor de la Religión Cristiana, no hallaron otro mejor expediente que negar las persecuciones ; arrojados de este atrincheramiento, pretendieron que estas persecuciones no habian sido por motivo de Religión ; forzados también aquí, imaginaron el decir que las persecuciones, en vez de apoyar la Religión, eran una prueba contraria á la divinidad de su establecimiento. Cuando un hombre se abandona al entusiasmo del odio, ve todo lo que quiere. Tan pronto nos dicen que los Cristianos se multiplicaron, porque se les dejó neciamente vivir en paz; tan presto que los tormentos fueron los que los hicieron más adictos á su Religión, y afirmaron en una fe, que les costaba tan caro; y esto al mismo tiempo que nos aseguran que el Paganismo fué destruido por la persecucion : ¿no les costaba entonces caro á los Gentiles su Paganismo? ¿pues cómo no los afirmaba en él? Absurdos, contradicciones filosóficas. — Se sufre por la Religión á medida que está uno adherido y afirmado en ella; pero no se adhiere, ni se afirma en ella á medida de lo que por ella se sufre y se padece. Los Gentiles abrazaban el Cristianismo al ver los tormentos, y la muerte de los Cristianos : ¿porqué principios naturales se puede explicar

este fenómeno? No era pues la paz y tranquilidad temporal del Cristianismo la que los incitaba, porque antes bien veían morir á los Cristianos; ni tampoco la obstinacion inspirada en los tormentos, porque ellos eran Gentiles, y nada habian por ella padecido¹.

359. *P.* ¿Pues no es constante que cuando una creencia nos cuesta grandes sacrificios, se adhiere uno necesariamente á ella?

R. Los antiguos filósofos árabes, tan frecuentemente ridiculizados por nuestros filósofos, pero por lo comun más racionales que ellos, hubieran desatado este sofisma con dos palabras usadas en la escuela en sus añejas distinciones : *à priori, concedo; à posteriori, nego*. Se hacen sacrificios á la Religión, porque está uno adherido á ella porque se le hagan sacrificios; aunque estos sacrificios endulzados por grandes consuelos, y una firme y fundada esperanza, puedan aumentar nuestra adhesion á la verdadera fe.

360. *P.* ¿Pues Dodwel, tan conocido por un libro escrito contra la gloria de los Mártires, no ha probado que el deseo de fama y de celebridad, ó de un honor

1 Los delirios filosóficos acerca del efecto de las persecuciones, hicieron tal impresion en el Ab. Coyer, que llega á asegurar y sostiene que la secta de los Herenúters ha quedado pequeña y oscura únicamente porque no ha sido perseguida (*Viaje de Italia y Holanda*, t. 1, p. 280). ¿Pues qué persecucion ha sufrido el Mahometismo, el Arrianismo, ni el Cisma de los Griegos? ¿qué persecucion ha padecido el Luteranismo en Dinamarca y Suecia, donde se estableció por una revolucion momentánea? El edicto de Enrique VIII, que introdujo súbitamente una nueva religion en todo su reino, ¿puede mirarse como una persecucion contra la secta que fundaba? ¿Porqué el Jansenismo, combatido por todo el zeló del primer clero de la Iglesia, abatido y temblando bajo la ira de un Monarca poderoso y absoluto, quedó siempre débil y pequeño, y no ha traído daños funestos á la Iglesia sino cuando halló protectores poderosos? ¿porqué la secta de los Anabaptistas, en otro tiempo tan numerosa y potente, se ha visto ceder á los esfuerzos que hicieron los Soberanos para reprimirla, y hoy se ve reducida á algunos cuantos individuos aislados?... Confesemos que los filósofos no consultan ni á los hechos, ni á la razon; engañan y seducen á los ignorantes, y esta gloria les lisonjea lo bastante para que estén contentos.

mal entendido, era uno de los motivos que sostenia el valor de los cristianos en medio de los tormentos?

R. Dodwel lo ha dicho; pero sin el menor fundamento, ni aun apariencia de prueba, ha avanzado una impostura tan injuriosa á los grandes hombres, que murieron por la fe; impostura claramente desmentida por los hechos. 1º Los nuevos convertidos, arrastrados inmediatamente al suplicio, no tenian tiempo de formarse este bello sistema de honra, cuya adopcion supone una larga preparacion, y una alma empapada en todas las extravagancias del delirio. 2º Pero; ¡qué gloria era verse llevado á un suplicio como un malvado, y quedar infame á los ojos de todo el imperio romano, siendo admirado solo en una secta despreciada y perseguida! Tan extrañas suposiciones hicieron decir á Burnet, Obispo anglicano de Salisburi, en una carta escrita á Dodwel, que ni Vanini, Hobbes, ni Espinosa hubieran podido avanzar proposiciones mas irreligiosas ni mas absurdas. « Esto no obstante, prosigue (*Dict. de Chauffepiè*, art. *Dodwel*), no habeis reconocido vuestros errores, como debierais haberlo hecho públicamente... » Puedo aseguraros, que quisiera mas no saber leer ni escribir, que estudiar y componer libros con las miras y fines que os habeis propuesto por el espacio de mas de treinta años. Amais la novedad, gustais de padarodajas, y así es que empleais vuestros conocimientos en establecerlas y propagarlas. Estimo como debo las buenas cualidades de que estais adornado; pero lloro vuestra desgracia en todo lo malo y reprehensible que habeis hecho. » M. de Chishull, bachiller en teología y miembro de la universidad de Oxford, pone á Dodwel en la clase de aquellos literatos propios para compilar, pero que son incapaces de juzgar y discurrir sobre lo que han compilado. « No quiero en manera alguna, dice, disminuir la reputación á que se ha hecho acreedor; pero quiero sí, y debo disminuir aquella autoridad, á cuya sombra va propagando errores: porque el género humano tiene más derecho á conocer la verdad, que no el autor á la reputación de que goza, en virtud de tan falsos y mal empleados conocimientos. »

§ 8.

361. P. ¿No se puede atribuir la ruina de la idolatría á la violencia de los Emperadores cristianos?

R. 1º Constantino, primer Emperador cristiano, no empezó á reinar hasta el cuarto siglo; y hemos demostrado, por toda clase de pruebas históricas, que desde el siglo primero era ya prodigioso el número de los Cristianos, y que los templos de los gentiles estaban casi desiertos. En el segundo y tercer siglo eran muchas mas. La idolatría, pues, estaba ya reducida á bien poco, antes que la Religion cristiana se hubiese colocado en el trono.

2º Los que quieren hacer valer esta reflexion, tan desmentida de otra parte por los hechos, olvidan sin duda aquella máxima tan favorita suya de *que se aumenta el afecto y adhesion á una religion ó creencia, á medida que se sufre y padece por ella.*

3º Unas cuantas conminaciones, y alguno que otro edicto lleno de moderacion, contra los sacrificios públicos y solemnidades paganas, bastaron para destruir y aniquilar la religion dominante del imperio: ¡Qué diferencia entre esta conducta del primer Emperador cristiano, y los rios de sangre que sus predecesores habian hecho correr para exterminar el Cristianismo! Tres siglos de persecuciones no pudieron siquiera debilitarle, y un siglo de descredito acabó con la idolatría. Esta, que tenia á su favor las preocupaciones de la educacion y la fuerza del hábito y de la costumbre, que atraia á los hombres con la brillante pompa de los espectáculos, y con el incentivo aun mayor de las pasiones: la idolatría, que el hombre se habia formado de propósito para satisfacer su corazon, no puede subsistir contra la fuerza de las leyes: unas simples amenazas bastan para acelerar su caída, sin que apenas haya, sino un puñado de gente sublevada, quien quiera exponer su vida por una religion tan cómoda; y el Cristianismo recién nacido, que tenia contra sí todas las preocupaciones y todas las inclinaciones del hombre; que no parecia instituido sino para hacer la guerra á los sentidos, y humillar la

razon : el Cristianismo débil en su principio, y que no tenia sino algunos que otros secuaces, arrostra y hace frente á todo el imperio conjurado y armado en su daño, y se aumenta y multiplica por los mismos esfuerzos que se hacen para aniquilarle. ¡Qué contraste tan admirable! ¿Nuestros adversarios han previsto el paralelo á que nos daban ocasion con sus charlatanerías? Las leyes de Constantino pudieron haber servido para hacer nuevas conversiones; pero sirvieron mucho mas para descubrir y manifestar las antiguas : entonces se vieron claramente los progresos que el Cristianismo habia hecho en los reinados precedentes. La multitud misma, y la rapidez de las conversiones hacen ver que la obra estaba ya muy adelantada, y que infinito número de personas no esperaba mas que el momento de declararse.

4º Un hombre, bien conocido por su odio contra toda religion, pero vencido por la verdad y evidencia de los hechos, ha discurrido sobre esta materia de un modo sumamente gloriosísimo para el Cristianismo (*Hist. phil. et polit. du commerce, etc.* t. 1, p. 2). « No se veia ya, » dice, en el viejo paganismo mas que las fábulas de la » infancia, la ineptia ó la malicia de sus dioses, la avaricia de sus sacerdotes, la infamia y vicios de los » Reyes, que sostenian estos vicios y estos sacerdotes. » Entonces el pueblo, que no conocia mas que sus tiranos en la tierra, buscó un asilo en el cielo. El Cristianismo vino á consolarle, y á enseñarle á sufrir. » Mientras que la vejaciones y las disoluciones del » no moraban é iban destruyendo el paganismo con el » imperio, los súbditos oprimidos y despojados, que habian abrazado los nuevos dogmas, completaban esta » ruina por el ejemplo de todas las virtudes. »

ARTÍCULO IV.

Los mártires.

§ 1.

362. *P.* ¿Los mártires son un argumento sólido de la verdad del Christianismo?

R. Se puede decir que los mártires son mas bien testigos, que pruebas de la verdad de su fe; pero 1º, pues que la multitud y la autoridad de los testigos son una prueba excelente cuando se trata de hechos, puede decirse, que los mártires son un grande argumento en favor del Cristianismo. 2º Cualquiera que considere sin preocupacion la duracion, extension, y horrores de las carnicerías, que se hicieron en la Iglesia naciente, se verá obligado á reconocer en la firmeza y constancia de sus héroes una virtud sobrenatural, un valor infuso, y emanado del mismo Dios, é invencible como él¹.

363. *P.* ¿No han tenido todas las Religiones sus mártires? ¿no se ha visto á los filósofos formar el martirologio de todas las naciones?

R. En primer lugar, suplicamos á tan eruditos filósofos, se sirvan darnos el martirologio de los Gentiles, de los Mahometanos, Chinos, Talopuines, etc.; es decir, el catálogo de los que en estos pueblos han muerto única y precisamente por atestiguar la santidad de su culto, pudiendo librarse de la muerte con solo renunciar á su Religion. En el ínterin que esperamos el éxito de sus tareas é investigaciones, observaremos, que los que comparan los mártires del error con los mártires del Cristianismo, ni han consultado la historia, ni la buena fe y sinceridad, ni las reglas de discurrir bien. Primeramente, en cada secta estos mártires son muy pocos², y los

¹ Un literato aplicaba con bastante exactitud á la Religion cristiana aquellos hermosos versos de Horacio :

Duris ut illex tonsa bipennibus
Nigræ feraci frondis in Alcido,
Per damna, per cædes, ab ipso
Ducit opes, animumque ferro.
Mersæ profundo, pulchrior evenit :
Luctere, multâ prouit integrum
Cum laude victorem.

² Además de la obstinacion natural de los fanáticos, nada hay que nos deba retraer de creer con Tertuliano que el demonio condensaba las tinieblas por donde caminan estos miserables, y aumentaba su obstinacion para tener él tambien sus mártires : A diabolo scilicet, cujus sunt partes intervèntendi veritatem.... habet et virgines, habet et continentes (*L. de proscript.*, c. 40).